Ricardo Pérez Montfort[*]

HISTORIA

Rayón: linderos de Tepito. Fotografías de Eric Jervaise.

Reflexiones sobre la llamada "cultura popular": un vagón escasamente tripulado en el tren de la historiografía de la Revolución Mexicana[1]

A fin de cuentas se trata de testimoniar la vida del pobrerío.
Guillermo Bonfil..., para él

Se han escrito miles de hojas sobre la participación del llamado "pueblo" en la Revolución Mexicana. La discusión alrededor de figuras y grupos "populares" de dicho movimiento también, hasta la fecha, parece interminable. Y no cabe duda que, independientemente de los usos políticos de una concepción muy resbaladiza del pueblo, en su dimensión muy concreta ese mismo pueblo fue protagonista fundamental de la Revolución. En nombre suyo se justificaron infinidad de acciones bélicas e intentos de reconstrucción. Y son constantes las referencias que del "pueblo mexicano" aparecen en planes, discursos, proyectos o festejos, como si éste fuera no sólo el protagonista sino la razón misma, el fin último de la Revolución.

Sin embargo, a no ser por su apoyo anónimo a tal o cual programa o caudillo, por su presencia en las imágenes multitudinarias o individuales de los documentos visuales de aquella época, o por algunas de sus expresiones culturales concretas, difícilmente quedarían testimonios de su participación en este proceso.

A diferencia de los registros de orden bélico, económico, político o de "alta cultura", las expresiones de la cultura popular, por lo general, no han tenido un recinto o espacio específico capaz de salvaguardarlas de las inclemencias temporales. Han merodeado en las memorias personales, en las canciones, en algunos periódicos, en los teatros de barriada, en las fiestas, en las colonias populares, por las calles y los campos, y han estado expuestas a mil y un avatares. Su fragilidad, sin embargo, puede ser una de las causantes en su afán por desaparecer con frecuencia en recuerdos, plumas o catos, y a la vez las hace capaces de impregnarse en otras memorias, otros periódicos, otros teatros, otras fiestas, etcétera.

[*] Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México.

[1] Una primera versión de este breve ensayo se realizó en septiembre de 1991. Por ello la mayoría de las referencias no pasan de los años ochenta. El autor es consciente de que en los últimos años se han generado muchas referencias sobre la cultura popular que no aparecen en este trabajo.

Así, esas expresiones culturales populares pueden llegar muy lejos en el tiempo y en el espacio, pero también limitarse a una brevísima referencia de un momento muy concreto. Pueden convertirse en muestra no sólo de la participación del pueblo en determinado acontecimiento, sino que ayudan a conocer opiniones, ideas, formas de ver, es decir, representaciones o imaginarios de lo que está sucediendo. Esto es, a través de la cultura popular se puede acceder a una infinidad de matices, que la amplitud de la palabra "pueblo" no otorga. Y más aún, su sobre-explotación demagógica ha sabido esconder con ciertos visos manipuladores mucho del pensamiento auténticamente popular.

Si aceptamos que "el pueblo mexicano" fue quizá el protagonista esencial y su bienestar el pretexto más socorrido de la Revolución Mexicana, llama la atención la poca presencia que la cultura popular de ese mismo protagonista ha tenido en la historiografía que compete a tal proceso. A no ser por algunos trabajos fundamentales sobre los corridos, sobre ciertos aspectos de la literatura popular, o sobre algunas representaciones plásticas, hasta hace muy poco las expresiones de la cultura popular no parecían interesar demasiado a los historiadores de la Revolución Mexicana.

Obras como las de Vicente T. Mendoza referentes a la lírica popular mexicana,[2] o las de Armando de María y Campos relacionadas con el teatro,[3] publicadas a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, fueron pioneras en el rescate sistemático de las expresiones de cultura popular mexicana. Si bien ambas tenían antecedentes importantes en los trabajos de Rubén M. Campos,[4] Higinio Vázquez Santa Ana,[5] Gerardo Murillo "el Dr. Atl"[6] y tantos otros que reconocieron el valor de la cultura popular en los años inmediatamente posteriores a la Revolución, no cabe duda que las obras de Vicente T. Mendoza y Alfonso de Maria y Campos sembraron una mata que desafortunadamente no tuvo muchos cultivadores.

[2] Vicente T. Mendoza, *Lírica narrativa de México. El corrido*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1964.

[3] Armando de Maria y Campos, *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1956.

[4] Rubén M. Campos, *El folklore y la música mexicana*, México, Talleres Gráficos de la Nación/Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1925.

[5] Higinio Vázquez Santa Ana, *Fiestas y costumbres mexicanas*, tt. 1 y 2, México, SEP, 1940.

[6] Gerardo Murillo, *Las artes populares en México*, México, Cultura, 1922.

Cielito Lindo / Circo Hermanos Vázquez.

Mar de cabezas, con exposición digital.

De estos dos, sin embargo, don Vicente fue quien tuvo más éxito. Aquello relacionado con la lírica popular —especialmente con el corrido— y con la música ocupó a varios autores, entre los que destacan Thomas Stanford,[7] Cuauhtémoc Esparza,[8] Daniel Moreno,[9] Irene Vazquez Valle[10] y más recintemente Catalina Heau de Giménez.[11] Todos ellos han contribuido a conocer mejor el origen, las formas y las variantes de los corridos de la Revolución.

Pero en un país en donde hay tal cantidad de expresiones musicales populares, no puede ser que solamente el corrido se haya cultivado durante el proceso revolucionario. En pesquisas regionales recientes hemos encontrado que en muchos sones —tanto huastecos, como jarochos, como de los altos y de tierra caliente—, el tema de la Revolución también se toca. Por ejemplo, en una versión no tan antigua del son jarocho *El Ahualulco* los versos apuntan:

Ahora acabo de pelear en Ahualulco
con las tropas de mi jefe Venustiano,
como dicen que arremeten y echan bala,
los soldados peleadores de los llanos.[12]

[7] Thomas Stanford, *El villancico y el corrido mexicano*, México, INAH, 1974.

[8] Cuauhtémoc Esparza, *El corrido zacatecano*, México, INAH, 1976.

[9] Daniel Moreno, *Batallas de la Revolución y sus corridos*, México, Porrúa, 1978.

[10] Irene Vázquez Valle, *La cultura popular vista por las élites*, México, UNAM, l989.

[11] Catalina Heau de Gimenez, *Así cantaban la Revolución*, México, Conaculta/Grijalbo, 1990.

[12] Recopilación de RPM en Tlacotalpan, Veracruz, febrero de l983.

Los sones, como expresión popular de la Revolucion, todavía no se han estudiado de manera acuciosa. Algunos cronistas regionales, como Humberto Aguirre Tinoco,[13] en Tlacotalpan, Veracruz, o Eduardo Santiago Sahagún,[14] en La Barca, Jalisco, a manera de ejemplo, han registrado ciertos aspectos del tema, pero sorprende la ausencia de una trabajo específico sobre sones durante la Revolución. He aquí un tema que sin duda encontraría muchos obstáculos, pero que su simple enunciado muestra uno más de los maravillosos retos de la investigación en las expresiones de la cultura popular.

Pero volviendo al tema central, después de aquellos trabajos de Vicente T. Mendoza y de Armando de Maria y Campos, a no ser por los estudios sobre corridos y una que otra investigación aislada, la narrativa en la cultura popular más bien se bajó de aquel tren de la historiografía de la Revolución. De pronto apareció en los territorios de la literatura o los estudios literarios, en algunas referencias generales de historias de la cultura mexicana, o en libros que difícilmente podrían incluirse dentro del rango de "historiografía de la Revolución Mexicana".[15]

Entre los años cincuenta y setenta la cultura popular no pareció interesar a los historiadores, y curiosamente menos a los historiadores de la Revolución Mexicana.

[13] Humberto Aguirre Tinoco, *Sones de la tierra y cantares jarochos*, México, Premiá Editora, 1983.

[14] Eduardo Santiago Sahagún, *La Barca. Su pasado reciente*, Guadalajara, Jalisco, s/e, 1989.

[15] Véase Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, l976, o Sara Sefchovich, *México: país de ideas, país de novelas*, México, Grijalbo, l987.

Fue hasta la segunda mitad de los años setenta, cuando se inició una revaloración más extensa de la cultura popular como recurso importante del saber histórico. Si bien Luis González y González en sus proposiciones de hacer microhistoria ya lo planteaba desde fines de los años sesenta,[16] más bien tocó a antropólogos como Guillermo Bonfil,[17] Arturo Warman,[18] Irene Vázquez[19] y Victoria Novelo,[20] a escritores como Carlos Monsiváis[21] y a lingüistas como Margit Frenk,[22] la tarea de retomar la cultura popular, tanto urbana como rural, para convertirla en material de investigación, a veces histórica, a veces antropológica, a veces tan general que resultaba muy difícil sujetarla dentro de los tenues límites que separan a las ciencias sociales.

Como antecedente fundamental estaba el espléndido trabajo de Alicia Olivera sobre la literatura cristera que, publicado en l970 por el INAH,[23] no sólo mostraba la inmensa riqueza de los materiales populares que utilizó para su libro *Aspectos del conflicto religioso de l926 a l929*,[24] sino que daba fe de cómo las expresiones de la cultura popular servían como fuentes —en ocasiones primarias— imprescindibles para el conocimiento histórico.

También habría que mencionar los primeros trabajos relevantes de historia oral, fomentados por Eugenia Meyer, Salvador Rueda y la misma Alicia Olivera. [25]

Así pues, la cultura popular a mediados de los años setenta emprendía un viaje de reconocimiento en el que arribaría a ciertos puertos importantes. Desde el punto de vista institucional se crearon la Dirección General de Culturas Populares y el Museo Nacional de Culturas Populares —este último creación de Guillermo Bonfil—, el Museo Nacional de la Revolución, o el fomento de los estudios regionales, que no sólo han dado muestras del inmenso valor de dicha esfera de la cultura mexicana, sino de una buena cantidad de investigadores relacionados con ella. Una gran cantidad de testimonios de actores supuestamente anónimos, como si eso fuera una característica de "lo popular" han aparecido desde entonces.

En lo referente a la historiografía de la Revolución y su contacto con la cultura popular, varios trabajos surgidos de estas instituciones han aportado nuevos y diversos

[16] Véase Luis González y González, *Pueblo en vilo*, México, El Colegio de México, 1968.

[17] Guillermo Bonfil Batalla, *El México profundo*, México, SEP/CIESAS, l987.

[18] Arturo Warman, *La danza de moros y cristianos*, México, SEP Setentas, 1972.

[19] Irene Vázquez ha sido coordinadora de una larga serie de productos fonográficos realizados bajo los auspicios del INAH, desde principios de los años ochenta.

[20] Victoria Novelo, *Artesanías y capitalismo en México*, México, SEP/INAH, 1976.

[21] Entre muchos otros textos se puede consultar Carlos Monsiváis, *Amor perdido*, México, Era, l977.

[22] Margit Frenk, *et al.*, *Cancionero folklórico de México*, 5 vols., México, El Colegio de México, 1975-1985.

[23] Alicia Olivera de Bonfil, *La literatura cristera*, México, INAH, 1970.

[24] Alicia Olivera de Bonfil, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929*, México, INAH, 1966.

[25] Son varios los trabajos publicados por estos autores. Aquí sólo se hará referencia a uno por cabeza: Eugenia Meyer (coord.), *Palabras en el exilio. Contribución a la historia de los refugiados españoles en México*, vols. 1 y 2, México, INAH/Librería Madero, 1980; Salvador Rueda Smithers y Guillermo Ramos Arizpe, *Jiquilpan 1895-1920. Una visión subalterna del pasado a través de la historia oral*, Jiquilpan, Michoacán, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas" A.C., 1984, y Alicia Olivera de Bonfil, *La tradición oral sobre Cuauhtémoc. Dictámenes de Ichcateopan no. 3*, México, UNAM, l980.

Apañando lugar.

enfoques. Uno de los más relevantes quizá fue aquel concurso realizado en 1984 como "ejercicio de memoria popular" llamado *Mi pueblo durante la Revolución*.[26] Los tres volúmenes que tal convocatoria produjo son una clara muestra de las posibilidades de una historia de la Revolución en la que la cultura popular forma parte fundamental del relato. Los diálogos, las anécdotas, las canciones, en fin, prácticamente cada línea de estos textos es un intento de recuperar aquel proceso para su principal protagonista, a través de su propia expresión.

También en el Museo de Culturas Populares, por otra parte, las investigaciones de Alfonso Morales, Juan Manuel Aurrecoechea, Armando Bartra, Jorge Miranda y Ricardo de León en torno al teatro de revista, a las historietas y a la radio han generado materiales que abren otros cauces para "ver y oír" el proceso revolucionario y posrevolucionario.[27] Si bien esas investigaciones abarcan espacios temporales que trascienden la Revolución, al tocarla arrojan imágenes de estereotipos, representaciones o simples miradas que plantean nuevas preguntas sobre el tema revolucionario. Por ejemplo, ¿cómo es posible tanta riqueza en el teatro de revista urbano durante las aciagas hambrunas de 1915 y 1917?, o ¿qué tanto apoyo "del pueblo" perdió el maderismo a causa de una prensa conservadora plagada de historietas ofensivas al nuevo presidente? ¿No era esa prensa un producto de consumo urbano y de sectores medios?

Sin embargo, no todos los trabajos relacionados con la cultura popular y la Revolución se han llevado a cabo bajo los auspicios de estas instituciones. Otros investigadores de la UNAM, el INEHRM, la UAM.I o de otros centros regionales, no demasiados por cierto, han tocado la temática revolucionaria desde otras áreas que también deben considerarse como parte de la cultura popular. La investigación a partir del cine y la fotografía ha encontrado en Aurelio de los Reyes uno de sus máximos exponentes. Si bien este rubro tiene varios seguidores (algunos

[26] Varios autores, *Mi pueblo durante la Revolución*, tt. 1, 2 y 3, México, INAH, 1985.

[27] Alfonso Morales, *El país de las tandas. Teatro de Revista 1900-1940*, México, Museo de las Culturas Populares, 1984; Juan Manuel Aurrecoechea y Armando Bartra, *Puros cuentos. La historia de la historieta en México 1874-1934*, México, Conaculta/Museo de las Culturas Populares/Grijalbo, 1988, y Alfonso Morales (coord.), *Un viaje por el éter*, México, Museo de las Culturas Populares (Serie de discos: MCP), 1988.

Templo Mayor.

20 de Noviembre 2000 – Las gradas.

mejores que otros) —como Andrés de Luna,[28] Margarita de Orellana,[29] Julia Tuñón,[30] etcétera— con los trabajos de Aurelio de los Reyes la historiografía de la Revolución Mexicana se ha enriquecido enormemente. La imagen —fija o en movimiento— como fuente de investigación ha propuesto la necesidad de nuevos enfoques, nuevas metodologías y por lo tanto de nuevas herramientas de análisis. Además de los trabajos de Aurelio, habría que destacar lo hecho por Paul Vanderwood,[31] las publicaciones de Pablo Ortiz Monasterio, David Maawad[32] y en general de algunos avances importantes promovidos por el recién creado Sistema Nacional de Fototecas. Así, una inmensa riqueza se perfila en esta estación del tren de la historiografía revolucionaria.

A pesar de su relativa novedad, la utilización de la imagen también ha replanteado la forma de narrar la historia. Las historias gráficas, curiosamente, se emparentan mucho más con la cultura popular que las historias puramente escritas, como bien lo ha podido percibir Carlos Martínez Assad en el fomento de los estudios regionales.[33] Una imagen o un sonido pueden completar y/o complementar lo dicho en palabras. Esto lo saben muy bien quienes han trabajado con la cultura popular. Por ello la incorporación de información auditiva y visual al conocimiento de un proceso —en este caso la Revolución— no sólo permite una mayor comprensión, sino una mejor calidad en su divulgación. Y si esto se hace a partir de referencias que forman parte de una memoria popular, esto es, de expresiones de la cultura popular, el conocimiento —su generación y adquisición— afirmará y abrirá constantemente nuevos temas. Éstos, por su origen pero también por su destino —la divulgación del conocimiento histórico—, deberán estar estrechamente relacionados a las dimensiones concretas de aquel protagonista inicial del movimiento revolucionario. No de "el pueblo" en abstracto, sino de "el pueblo" que se puede ver y oír, de aquel que es finalmente un sujeto específico de la memoria.

Afortunadamente, cada día son más quienes tratan de acercarse a los fenómenos de la cultura popular en la historia de este siglo en México. Visitar y revisitar las estaciones de expresiones populares en el largo trayecto de la historigrafía de la Revolución Mexicana ha reivindicado entre tesis inéditas y publicaciones recientes diversos puntos que atañen tanto a actores redescubiertos como las mujeres, los productores artesanales o los niños, por ejemplo, hasta personalidades como el mismísimo Pancho Villa, el general Lucio Blanco o los hermanos Cedillo. Aun cuando se trate de obras monográficas o generales, estilo Friedrich Katz o Alan Knight, resulta plausible que hasta dichos santones se lleguen a ocupar de la cultura popular, reconociéndola a través del cine, los corridos, la literatura, las representaciones, los refranes y hasta la invención de palabras e imaginarios.

Y para llegar a la estación final de este tropezado recorrido, habría que afirmar que al tocar la cultura popular no se trata de banalizar el conocimiento de la historia de la Revolución. Las expresiones populares, si bien tienen mucho de festivo, no por ello dejan de tomar los acontecimientos con seriedad, a veces incluso en forma de tragedia. Pensar que al acercarse el investigador a un tema o a un proceso por una vía que más bien sugiere diversión, no implica la ausencia de rigor, y por eso mismo el trabajo requiere de una extrema acuciosidad. Trabajos como los de los autores aquí presentados así lo demuestran. Lástima que todavía no sean suficientes, y tal vez no lo sean durante mucho tiempo, los que pretendan subirse a este vagón tan escasamente tripulado de la historiografía de la Revolución Mexicana: el vagón de la cultura popular.

[28] Andrés de Luna, *La batalla y su sombra (La Revolución en el cine mexicano)*, México, UAM, l984.

[29] Margarita de Orellana, *La mirada circular. El cine norteamericano de la Revolución Mexicana, 1911-1917*, México, Joaquín Mortiz, l991.

[30] Julia Tuñón, *Historia de un sueño. El Hollywood tapatío*, México, UDG/UNAM, 1986.

[31] Paul Vanderwood, *Border Fury*, Albuquerque, New Mexico, University of New Mexico Press, 1986.

[32] Más que autores, Pablo Ortiz Monatserio y David Maawad se han destacado como dos espléndidos editores de libros de fotografía. Cabe mencionar la colección Río de Luz del Fondo de Cultura Económica dirigida por el primero durante la segunda mitad de los años ochenta, y la serie de libros que el segundo ha editado bajo el rubro de la Casa de las Imágenes en ese mismo periodo.

[33] Para constatar lo dicho véase cualquier número de la revista *Eslabones. Revista semestral de estudios regionales*, dirigida por Carlos Martínez Assad.